

El hacer de la conservación; la conservación del hacer. Reflexiones desde las culturas constructivas con tierra en el noroeste argentino.

Jorge Tomasi (*)
Julieta Barada (**)

Resumen: Las tecnologías de construcción con tierra han estado históricamente asociadas con dinámicas de hacer colectivo, involucrando un conjunto de gestos técnicos desplegados desde la interacción entre las personas. Esto presenta desafíos para una concepción y práctica de la conservación que busque trascender los abordajes meramente objetuales. Este artículo busca explorar conceptual y metodológicamente esta temática desde culturas constructivas con tierra en la provincia de Jujuy, buscando asumir la densidad del hacer como un eje ineludible para una práctica colectiva y situada de la conservación.

Palabras clave: construcción – colaboración – etnografía – reflexividad – área andina

[Resúmenes en inglés y portugués en la página 122]

(*) (**) Ver CV de Jorge Tomasi y Julieta Barada en página 123

Introducción

La indagación conceptual en las “artes del hacer” (*sensu* De Certeau, 1980) ofrece un campo fértil para la reflexión desde la teoría de la conservación disciplinar. Esta reflexión se abre en, al menos, dos líneas: por un lado, la comprensión de la arquitectura como un proceso que se despliega en el tiempo; por el otro, el lugar del hacer mismo en las acciones y criterios de conservación. La arquitectura como devenir dentro de los flujos de la vida (Ingold, 2013), y por lo tanto sujeta a procesos de transformación y apropiación (Maudlin y Vellinga, 2014), tensiona la tendencia a la comprensión estática del objeto muchas veces implícita en los principios de conservación (Smith, 2006). Desde el hacer, la arquitectura se constituye como tal en constante movimiento (Vellinga y Tomasi, 2024). Esto lleva a la necesidad de revisar la forma en que el hacer se incorpora como un hecho significativo

y significativo en y para la conservación, más allá de su condición como una herramienta técnica y expresiva.

Este desafío conceptual requiere de un abordaje del hacer que no se limite a su definición en términos de procedimientos precisos que se imponen sobre la materia, sino más bien como actos transformadores del mundo en correspondencia (Ingold, 2013). Apelando a Heidegger (1971), construir es habitar, desde la etimología del término *bauen* en la lengua alemana. Si el construir es una forma de hacer, ese hacer es un habitar en el sentido de un estar en mundo. En todo caso, ese hacer como estar, no se constituye como una existencia estática, sino más bien como movimiento transformador. Conservar también es hacer e implica una forma particular de habitar.

El hacer son las trayectorias, los procesos que se despliegan en las coexistencias con los objetos y los materiales. Más allá del abordaje disciplinar, históricamente, la conservación de la arquitectura, entendida como las prácticas hacia persistencias en el tiempo, se han basado en acciones *con*, más que *en*, el edificio. Ese hacer no se presenta solo como una acción externa de conservación de una integridad física, sino como un flujo de correspondencia desde hechos colectivos.

Este artículo busca hilvanar reflexiones conceptuales respecto al hacer, desde más de 20 años de investigación etnográfica sobre las culturas constructivas con tierra en la Puna y la Quebrada de Humahuaca, en la provincia de Jujuy, incluyendo diferentes experiencias de conservación de arquitecturas con tierra. Algunas de estas experiencias se han llevado adelante en el marco de búsquedas de abordajes participativos con distintas comunidades, atravesadas por enfoques hacia una multivocalidad que dispute la verticalidad de la acción disciplinar. El objetivo del texto, de todas maneras, no es describir estas experiencias, sino más bien plantear líneas de indagación conceptuales para pensar en los sentidos del hacer para la conservación.

Las culturas constructivas con tierra en la región no solo tienen una gran profundidad histórica, sino que muestran una significativa persistencia en la actualidad, con ciertas características relativas al hacer colectivo, relevantes para este artículo. Las diferentes técnicas, desde la mampostería de adobe hasta los techos con torta de barro, forman parte de un saber-hacer amplio en términos sociales que se despliega en dinámicas prácticamente cotidianas. En esa cotidianidad, el saber-hacer se multiplica desde la práctica en nuevas construcciones, pero también en las acciones de transformación, actualización, renovación o mantenimiento de las existentes.



Figuras 1 y 2. El hacer en las culturas constructivas con tierra, a través del alisado de una torta de barro y la preparación de la paja para un techo (Fotografías de los autores)

El hacer de las culturas constructivas con tierra apela a los sentidos asociados a lo artesanal y el artesanado, nociones complejas para su definición y delimitación conceptual (Adamson, 2007). En torno a lo artesanal se superponen distintas ideas modeladas a lo largo del tiempo que incluyen al hacer de los colectivos de artesanos/as, pero también a los espacios institucionales de valoración patrimonial. Como lo ha planteado Marchand (2016), se trata de una categoría cuyas propiedades son diversas e incluso contradictorias.

Estas propiedades se han modelado como tales desde el contraste con la noción de arte, construida desde el renacimiento europeo, y desde la oposición a la producción masiva a partir de la revolución industrial (Marchand, 2016). Lo artesanal ha sido asociado a productos de menor densidad intelectual, en comparación con la idea de arte, y al mismo tiempo, como un espacio de crítica a la hegemonía capitalista alienante. Mientras que hace referencia a un hacer cotidiano para la reproducción de los objetos en el flujo de la vida, también ha sido incorporada a circuitos de mercantilización orientados a las elites, como parte de estrategias de distinción.

En principio, lo artesanal hace referencia a formas de hacer asociadas al trabajo manual para el tratamiento de los materiales, generando objetos o expresiones de carácter más o menos único, a partir del dominio de ciertas habilidades (Suarez Gaviria y Pérez Cardona, 2011). Ese hacer tiende a ser vinculado con lo tradicional, en relación con procesos de transmisión de un saber-hacer entre generaciones, lo que ha llevado a miradas esencialistas sobre su carácter. Sin embargo, se trata de un hecho dinámico, que se despliega en el marco de las iteraciones en el hacer y las distintas pertenencias y articulaciones sociales de los/as hacedores. Si bien el trabajo artesanal concreto puede tener características individuales, se trata por definición de un fenómeno colectivo, asociado con su carácter gremial histórico (Sánchez y Ordoñez Rodríguez, 2024).

Lo artesanal, como lo ha propuesto Adamson (2007), es movimiento: se trata de una categoría que refiere a un modo de hacer las cosas, más que a su clasificación, y por lo tanto es un concepto activo y relacional. Esa condición relacional involucra la construcción conjunta con otras personas, pero también las correspondencias con los materiales. Ambas dimensiones son significativas para desafiar los sentidos comunes disciplinares sobre la conservación.

Este es el punto de partida conceptual de este artículo, para reflexionar sobre el lugar del hacer artesanal para la práctica de la conservación. A estos efectos, el texto se organiza en tres partes. En la primera, se abordan los sentidos colectivos del hacer en las culturas constructivas con tierra en las tierras altas de la provincia de Jujuy, tanto la Puna como la Quebrada de Humahuaca; en la segunda, la discusión se orienta hacia la acción manual, como inherente al hacer, considerando especialmente la corporalidad de los gestos técnicos en la correspondencia con los materiales. Finalmente, la última parte busca recuperar los temas previos en función de aportar conceptual y metodológicamente para una práctica de la conservación centrada en el hacer.

Hacer es hacer con otros y otras

Problematizar la arquitectura desde el hacer implica considerar su integralidad debatiendo los límites espacio-temporales del hecho arquitectónico. Esta línea de reflexión implica considerar la producción de arquitectura en el tiempo a través de acciones que vinculan a las personas entre sí y con los objetos, y que se dan en instancias no secuenciales: definición de ideas, producción de materiales, prácticas constructivas, aprendizajes técnicos, criterios y acciones de mantenimiento, entre otras. Al mismo tiempo, considerar estas instancias como constitutivas del hacer arquitectura implica ampliar su alcance, esto es, comprender su inseparabilidad de otras dimensiones de la vida social y sus lugares en el habitar (Tomasí, 2012).

Las culturas constructivas con tierra en el contexto andino han sido analizadas en diferentes trabajos académicos como una dimensión de lo social que no solamente forma parte de flujos más amplios, sino que es activa en la producción y reproducción de lazos y sentidos sociales (Urton, 1988; Arnold, 1998; Sendón, 2004; Tomasí, 2011, 2012). La construcción doméstica posee un rol indiscutible en estos análisis, tal que la casa, como construcción en el tiempo, forma parte de líneas de crianza mutua entre las personas, los objetos y los espacios en las que se gestan las memorias (Tomasí, 2025).

Al mismo tiempo, es interesante destacar el rol de los edificios asociados a lo colectivo y sus propios procesos en el tiempo como parte de los sentidos mismos de la comunidad, donde se definen y redefinen roles sociales, en el marco de diferentes instancias del hacer. Como observó Sendón (2004), en el *Wasichakuy* de Marcapata, en Perú, que se realiza cada cuatro años para el retejado de la iglesia, se vinculan los cuatro *ayllus* que conforman la comunidad en un mismo espacio-tiempo. De similar manera, se observó una lógica similar en la práctica histórica para el mantenimiento de la iglesia de Susques, en Jujuy, reuniéndose para su *repaje* a las dos “secciones” (norte y sur) que conforman Susques (Tomasí, 2017). En estas instancias no se representa la comunidad, sino que se refuerzan y actualizan los lazos que las conforman como tal.



Figuras 3 y 4. Las dinámicas colectivas en el mantenimiento de la torta de barro en la Casa del Marqués en Yavi (Fotografías de los autores)

Ese hacer colectivo, en la afirmación de lo comunitario, se organiza a través de tareas, roles y saberes. Los trabajos para la ejecución de cualquier técnica requieren de significativos esfuerzos físicos y materiales y una precisión técnica que demanda una estricta coreografía por parte de las personas involucradas. La producción de adobes requiere del trabajo coordinado de al menos tres personas: quien prepara el barro, quien transporta el material y quien se encarga del moldeo de los bloques, todos organizados en pos de sostener un flujo y un ritmo continuo basado en la sincronización de los gestos técnicos individuales. Esta sucesión también ocurre con los referidos procesos de mantenimiento de los techos, incluso en una escala más amplia, involucrando hasta decenas de personas coreográficamente articuladas.

Esas articulaciones colectivas remiten, parafraseando a Bourdieu (2007 [1980]), a acciones colectivamente orquestadas sin la intervención de un director de orquesta. Esta idea no implica negar la existencia de personas que, en base sus posiciones sociales, habilidades y experiencias, tienen roles distintivos en los procesos constructivos. Por el contrario, los constructores expertos tienen la responsabilidad de conducir esos procesos, organizando y asegurando un buen hacer de las técnicas. Sin embargo, este rol no implica una estructuración completa de las acciones constructivas, subordinando las subjetividades del hacer, en base a un plan plenamente definido *a priori*. En cambio, el devenir de los trabajos se afirma en el flujo mismo del hacer y la regulación, pero no anulación, de las incertidumbres.

En este marco, Marchand (2008) observa este hacer colectivo no sólo como una estrategia de reproducción comunitaria y de sostenimiento de saberes, sino como un hacer que permite canalizar, también, innovaciones, creatividades y expectativas. El encuentro a través de un hacer con otros y otras es una instancia privilegiada de sociabilización y multiplicación a través del aprendizaje del “saber cómo” [*know-how*] de las distintas técnicas, en base a la articulación de las subjetividades de los constructores. Las habilidades son transmitidas, comprendidas y negociadas entre las personas “a través de la observación, la mimesis y el ejercicio repetido” (Marchand, 2008: 255, traducción propia). Ese aprendizaje se encarna a través del ejercicio de las técnicas.

Esto remite a la diferencia propuesta por Ryle (1945) entre un “saber qué” [*know that*] y un “saber cómo” [*know how*]. Mientras que el primero se refiere a un conocimiento descriptivo sobre el hacer que permite contar cómo es un procedimiento, el segundo está asociado a contar con las habilidades concretas que permiten su ejecución material. En efecto, existe una distancia significativa entre poder explicar la textura del barro para un revoque, cómo se moldea un adobe o cómo se alisa la torta de barro en un techo, y contar con las capacidades efectivas para poder hacer estas tareas. El salto entre ambas dimensiones del conocimiento se alcanza a través del ejercicio continuo de esas tareas en un contexto de roles de responsabilidad incrementales en la observación de constructores más experimentados.

Las culturas constructivas cambian en su misma reproducción en el tiempo, en su habitar. No solo porque expresan en su hacer diferentes intereses colectivos e individuales, o

cambian los objetos y sus espacialidades, sino porque se transforman desde el hacer en los cuerpos, en la transformación que transitan las personas mismas en ese hacer como instancia de aprendizaje activo. Como ha planteado Marchand, “la albañilería y la carpintería, al igual que el deporte, la danza y otras actividades físicas especializadas, se comunican, comprenden y negocian entre profesionales mayoritariamente sin palabras; el aprendizaje se logra principalmente a través de la observación, la mimesis y el ejercicio repetido” (2008:247, traducción propia). El aprendizaje del hacer no se limita a la incorporación de un conocimiento técnico puntual, sino que está atravesado por “un conocimiento encarnado de las sensibilidades, comportamientos, valores y supuestos culturales compartidos de la comunidad en general” (Downey et al., 2015: 192). Esto significa que cualquier tipo de intervención disciplinar en estos procesos constructivos tiene implicancias que se ramifican en diversos campos de lo social en una comunidad.

Gestos y correspondencias

Las culturas constructivas con tierra presentan un escenario particular respecto al hacer, atravesado por los sentidos de la acción física y manual, lo que las ubica en el campo de lo artesanal (Marchand, 2016). Esto implica una forma particular de hacer atravesada por una corporalidad que establece relaciones especiales entre los cuerpos, la materia y las herramientas en una conformación colectiva. El hacer colectivo implica la coordinación de subjetividades, de las relaciones particulares de las personas con la materia en pos de la consecución de objetivos compartidos, a través de la sincronización de los ritmos de los mutuos gestos técnicos.

Hablar de un gesto técnico implica referirse a una secuencia corporal que involucra acciones físicas que no son espontáneas, sino que han sido incorporadas y modeladas a través de procesos de aprendizaje social (cfr. Mauss, 1935; Leroi-Gourhan, 1964). Los gestos técnicos, en esa secuencia de acciones y posturas corporales, se despliegan con el fin de alcanzar objetivos previamente definidos dentro de un sistema técnico. El gesto técnico no es un simple movimiento del cuerpo, sino una acción culturalmente intencionada en la que se relaciona cuerpo, herramientas y materia. Tal como lo propone Ingold (2013), esas herramientas no son objetos externos en el hacer, sino que operan como extensiones del cuerpo del hacedor, en este caso de los constructores. En el alisado del barro en un techo, la cuchara opera en conjunto con la mano aplicando una fuerza sobre el material en función de la resistencia que éste ofrece. Cuerpo, herramienta y materia operan en conjunto, es decir en correspondencia (Ingold, 2013).

La mirada sobre el gesto habilita una comprensión del hacer constructivo en sus pequeños detalles, trascendiendo las habituales aproximaciones que tienden a centrarse en sus definiciones estructurales amplias. Es decir, las lógicas generales que distinguen una técnica de otra. Sin embargo, la adecuada ejecución de esas técnicas no se encuentra en sus rasgos

generales, en el sentido de las cadenas operativas (*chaînes opératoires* de Leroi-Gourhan, 1964), sino más bien en la escala micro de los gestos técnicos de los constructores: en el hacer a través de movimientos precisos del cuerpo para alcanzar una textura del barro, para cantar la piedra o para tejer las fibras vegetales en el forjado de un techo. En el gesto técnico se dirime la diferencia entre los referidos “saber cómo” y “saber qué”. El dominio de los gestos técnicos de un determinado procedimiento es lo que asegura la capacidad para ejecutarlo y no sólo describirlo o explicarlo.

El proceso de aprendizaje de los gestos técnicos se basa en el hacer concreto, en la experimentación manual con la materia, a través de la repetición sistemática y la observación del hacer de otros más experimentados. Como lo proponen Downey et al. (2015), el aprendizaje implica una forma de cultivo de habilidades y de disciplinamiento de los errores. El error, en el sentido de una inadecuada actitud corporal en el gesto, es una componente central para alcanzar capacidades que son colectivamente reconocidas como suficientes. El dominio de los errores surge de la repetición continua de los gestos técnicos en el marco de desafíos técnicos crecientes.



Figuras 5 y 6. Los gestos técnicos en el corte de adobes (Fotografías de los autores)

En todo caso, la repetición e imitación en el aprendizaje no implica una reproducción idéntica de los modos de hacer. Por el contrario, esa repetición implica una iteración en la que las personas adaptan subjetivamente el hacer, lo que implica un constante redescubrimiento de las técnicas (Downey et al., 2015). Esto está relacionado con un sentido de la innovación que acerca una definición de lo tradicional como construcción presente en el marco de la actualización de herencias, más que a la mera reproducción de un modo de hacer histórico que se mantiene inalterado. El hacer implica un constante proceso de reinención y redescubrimiento del que surgen las pequeñas variaciones en las formas de los constructores. Mientras que el “saber qué” tiende a basarse en descripciones canónicas de los procedimientos, el “saber cómo” se presenta como una multiplicación creativa, con distinciones en el nivel del detalle de las elecciones tecnológicas y los gestos técnicos.

Esas variaciones se enmarcan en consensos colectivos sobre el buen hacer, que involucran tanto las trayectorias históricas en los lugares como los desafíos emergentes de las condiciones presentes. La acción de los constructores no es una consecuencia de la reproducción de modos de hacer reglados, sino más bien de sus elecciones dentro de los márgenes de acción que se presentan en las disposiciones del *habitus* (Bourdieu, 2007 [1980]). Es decir, el hacer de una técnica surge tanto de la subjetividad de las preferencias de un constructor, como de modos de hacer colectivamente validados que tienden a conformar tradiciones locales y regionales. Como se indicó más arriba, el sentido de esas tradiciones no es estático, sino que se multiplica y actualiza en la comprensión del hacer como un crecimiento (Ingold, 2013).

Ese dinamismo es una condición definitoria del hacer y está atravesado por el hecho de que los gestos técnicos no son acciones unilaterales sobre el material. En el sentido de Ingold (2013), el hacer no es la ejecución mecánica de un plan preconcebido, sino que es una correspondencia con el material. De esta manera, el hacer es un devenir a lo largo de una trayectoria posible, en otras, que expande propiedades potenciales del material. La adecuada realización de un revoque de barro sobre una pared depende de un gesto técnico preciso. Este se despliega como tal en función de las condiciones que el material impone: la textura de los granos, la densidad o la plasticidad ofrecen una cierta resistencia al avance de la llana. De esta manera, los gestos técnicos no se aplican *sobre* el material, sino que se despliega *con* este, en una suerte de existencia compartida. La sucesión de gestos técnicos, en esta perspectiva, es una sucesión de correspondencias dentro del flujo continuo del hacer, más que una secuencia operativa. Ese hacer es un proceso de crecimiento y multiplicación como parte de una transformación del mundo (Tomasi, 2025).

El hacer con y para la conservación

El hacer manual, en el sentido de lo artesanal, tuvo un rol central en el surgimiento de la conservación disciplinar a través de la obra de Ruskin, el movimiento Arts & Crafts y, muy especialmente, de la *Society for the Protection of Ancient Buildings* (SPAB), de la que participaron a finales del siglo XIX tanto William Morris como Phillip Webb. La perspectiva de la SPAB, contraria a la restauración, entendida como una forma de destrucción de los edificios, se basaba en la importancia de un mantenimiento regular de las construcciones, con eventuales reparaciones, como parte de una historia continua. En ese mantenimiento regular, que implica intervenciones recurrentes, estaba basado en la importancia, precisamente, de las habilidades prácticas y del hacer de los artesanos (Slocombe, 2015). La acción de la SPAB, de hecho, involucraba actividades para favorecer el aprendizaje de los oficios, amenazados por las transformaciones de la revolución industrial.

El devenir disciplinar de la conservación, con un creciente carácter académico y científico, implicó, sin dudas, un cambio en el “objeto de la conservación” (*sensu* Jones y Yarrow, 2022). La progresiva incorporación de nociones como autenticidad, legibilidad, mínima intervención o reversibilidad, a lo largo del siglo XX, implicó una mirada más objetual que de proceso y, por ende, más estática en la concepción de lo patrimonial. Mientras que, en la perspectiva de la SPAB, con una dosis de romanticismo, la conservación estaba asociada con el sostenimiento de lo que podemos entender como un flujo. Las aproximaciones posteriores, e incluso las actuales, se centraron mayormente en la inalterabilidad del objeto y sus valores.

Estos procesos son reconocibles en el contexto argentino a partir de la primera mitad del siglo XX en función de la declaratoria de los primeros Monumentos Históricos Nacionales (MHN), con criterios asociados a referencia históricas y/o a la singularidad estético-morfológica de las edificaciones (Herr, 2024). Estas declaratorias, enmarcadas en la invención de una identidad nacional, resultan indisociables de una lectura sobre el pasado, como pretérito e irreplicable que se encuentra contenida en la propia noción de monumento (Yarrow, 2019). Se trata de un pasado que debe sostenerse como testimonio, más que como reconocimiento de un proceso, de un devenir que continúa en muchos casos activo bajo nuevas formas. En la década de 1940, un 45% de los MHN estaba construido con técnicas de construcción con tierra (Herr y Rolón, 2018). Sin embargo, esa dimensión tecnológico-constructiva no formaba parte de los criterios valorativos, lo que da cuenta del lugar del hacer en la conformación temprana de lo patrimonial.

Los principios normativos, en los términos de Smith (2006), emergen de un “discurso patrimonial autorizado”, de carácter hegemónico que tiende a privilegiar la monumentalidad y los valores inmanentes por delante de otras formas de concebir el patrimonio y su conservación. Aunque los textos doctrinarios más recientes, como la *Carta de Nara*, han invitado a una mayor amplitud en la definición de la autenticidad, en base a las tradiciones constructivas japonesas, persiste una distancia entre esas declaraciones formales y la prác-

tica efectiva de la conservación (Schofield, 2016).

En la definición de Jones y Yarrow (2022), el “objeto de la conservación” emerge como tal de las condiciones de acción disciplinar de la conservación misma, por lo que no existe como tal *a priori*. Es decir, el hacer de la conservación conforma las condiciones de existencia del objeto a ser intervenido, tanto en términos discursivos como prácticos. En esta línea, un desplazamiento del hacer de la conservación hacia el hacer constructivo no implica solo un cambio de intereses, sino más bien una reconstitución profunda de esas condiciones de existencia del objeto, al restituirlo a los flujos, como una disciplina más asociada al movimiento que a la quietud. Esto es posible sólo si se disputan los sentidos mismos de la valoración, desde la comprensión de las arquitecturas como procesos en complejas tramas de significación en el tiempo y, entonces, su comprensión desde otras ontologías. Como ha planteado Alonso González, el patrimonio “emerge de la relacionalidad social y del establecimiento de series de cadenas de experiencias entre diversos actores” (2015:183).

La relacionalidad está vinculada con la comprensión colectiva del hacer, basada en la articulación y coordinación de distintas personas. Esa condición colectiva plantea un desafío a una construcción disciplinar basada en conformación de roles “expertos”, poseedores de conocimientos especializados orientados a la interpretación y reproducción de los criterios y principios de conservación (Hølleland y Skrede, 2019). Una perspectiva de la conservación desde el hacer implica la exploración de formas colaborativas/participativas que impliquen la puesta en tensión de la verticalidad en los procesos de toma de decisiones en pos de la construcción de dinámicas más simétricas. La búsqueda de una democratización de la conservación a través de lo participativo tiene más de dos décadas en la disciplina, aunque esto no necesariamente ha implicado una transformación efectiva de las prácticas (Chitty, 2017).

Revisar la verticalidad de los procesos de conservación implica una disolución de las formulaciones y ejecuciones externas de los proyectos, establecidos como un plan cerrado e independiente de las condiciones de la materialidad, para adentrarse en el hacer como un campo abierto de posibilidades que se define en las correspondencias entre personas y materiales. Buena parte de las arquitecturas históricas patrimonializadas, particularmente aquellas con tierra, han estado sujetas a procesos de conservación/mantenimiento/repelación a lo largo del tiempo desde las propias comunidades locales, como en los casos referidos de las iglesias de Marcapata en Perú o Susques en Argentina. De alguna manera, esto plantea la necesidad de reconocerse en las dinámicas de lo colectivo e indagar en las formas de integración en los flujos existentes.

Una práctica de la conservación basada en el hacer puede implicar incluso un involucramiento corporal en procesos de aprendizajes de las culturas constructivas de tal forma que permita el reconocimiento de otras dimensiones de la práctica que trascienden lo disciplinar y favorecen dinámicas más equilibradas. Este involucramiento corporal inclu-

ye la dimensión de los gestos técnicos y las correspondencias con los materiales, como aproximación a un “saber-cómo” de los procedimientos constructivos. Mientras que las formulaciones de los proyectos tienden a centrarse en la descripción del “saber-qué”, una mayor cercanía con ese “saber-cómo” brinda la posibilidad de abordajes más situados que, nuevamente, desafíen la externalidad disciplinar.

Como se ha observado más arriba, esos gestos técnicos están sujetos a iteraciones, mediadas por el aprendizaje, que implican constantes ajustes y adaptaciones del hacer, en el entendimiento propuesto por Adamson (2007) de lo artesanal como movimiento. Esto brinda la oportunidad de desplazamiento de la objetualidad, para incorporar conceptual y prácticamente la condición de la arquitectura como un proceso que se despliega como tal en el tiempo, constantemente sujeta a cambios. Este es un punto crítico para repensar las condiciones de la autenticidad, en línea con la revisión de la *Carta de Nara*.

La renovación periódica de los techos de tierra y fibras vegetales, habitual en el área andina, plantea desafíos conceptuales relevantes respecto a esta dinámica (Tomasi, 2017). En cada una de las renovaciones, que forma parte de estrategias de mantenimiento, se reproducen los modos de hacer históricos, aunque esto no ocurre en los mismos términos. A lo largo de las décadas, en las iteraciones, los gestos técnicos y los materiales se van actualizando a nuevas condiciones, por lo que ese hacer es tan distinto como similar a los procedimientos históricos. Lo propio ocurre con la producción de adobes frente a la necesidad de reemplazar parcialmente los mampuestos en un edificio histórico, como ha sido el caso en la Casa del Marqués (Tomasi y Barada, 2025a). Esos nuevos mampuestos, incluso respondiendo a las dimensiones y granulometría del suelo de los históricos, se materializan bajo el hacer actual, lo que implica una forma de actualización. En este punto, es válido preguntarse si la definición de la autenticidad no estaría relacionada con el sostenimiento dinámico de un hacer, constantemente reactualizado, más que con la inalterabilidad material del objeto.

Lo propio puede observarse frente a la necesidad de replicar resoluciones constructivas que ya no forman parte del hacer cotidiano de los constructores, por lo que se requieren procesos de reaprendizaje, una situación que se ha presentado con tejidos de paja en la propia Casa del Marqués (Tomasi y Barada, 2025b) o con una malla de cuero en los techos de la Iglesia de Tabladitas, en ambos casos en las tierras altas de la provincia de Jujuy (Barada et al., 2024). El reaprendizaje de un hacer implica una lectura minuciosa de los testimonios remanentes, con un especial foco en la actuación corporal en procesos de ensayo y error, que implican incorporar gestos técnicos. En cualquier caso, el resultado es una nueva existencia de ese hacer, y no una réplica del procedimiento histórico, que se incorpora en los flujos de una conservación entendida como una forma de habitar.

En este marco, la conservación disciplinar de la arquitectura encuentra un desafío significativo, puesto que se trata de una práctica en la que el saber, lejos de constituirse como una condición del hacer colectivo en movimiento, se establece a partir de un conjunto de principios y estructuras más o menos fijas que se “aplican” sobre los objetos. Reensamblar

la conservación en los flujos del habitar implica un desplazamiento de las concepciones académicas y, entonces, también de los roles disciplinares y la tradicional división entre la teoría y la praxis (*sensu* Latour, 2008).

Consideraciones finales

Si la pregunta que subyace a este artículo tiene que ver con cómo se conserva el hacer en arquitectura, el desarrollo precedente lleva a considerar que, en todo caso, las posibles respuestas deben interpelar los sentidos mismos de lo que se conserva. En otras palabras, el problema del objeto. Devolver a las arquitecturas patrimonializadas a sus redes de relaciones, de personas, de lugares, de saberes, de sentidos y de haceres, es reensamblar el sentido de la arquitectura con los procesos sociales, en otros términos, con su propia vida. No basta con incorporar perspectivas que disputen las concepciones disciplinares en la conservación sino abrirse de manera radical a otros esquemas generadores que los interpielen. Esto implica que, si construir es habitar, las personas que construyen, sostienen y conservan los edificios a lo largo del tiempo lo hacen desde sus posiciones singulares en un entramado espacio-temporal que los define y en el que establecen, a su vez, relaciones de poder.

Para ello, se planteó la necesidad de comprender que las relaciones de producción y mantenimiento de la arquitectura se conforman con otros, personas y materiales, y que en el hacer se evidencian sus correspondencias. Hacer arquitectura es, siempre, un hecho colectivo. ¿Cómo es posible que la conservación, sus personas, sus instituciones, formen parte de ese mismo hecho colectivo en condiciones simétricas? Incorporar las prácticas del hacer en la conservación es elegir conservar esas redes entre personas y sus procesos de transmisión en el tiempo. Como se observó, lejos de implicar la reproducción estática de procesos del pasado, se trata de oportunidades de reactuación de esas redes, de actualización de sus sentidos, de la iteración en los procesos de aprendizaje, dando lugar a lo creativo.

Por su parte, el rol de los materiales, de las técnicas y de sus procedimientos como valores indisolubles del hecho arquitectónico implican disputar su objetualidad y entonces, también, el aparente valor de su autenticidad. ¿Cómo se conservan técnicas y materiales que en el tiempo requieren recambios, renovaciones y nuevas manos intervinientes para sostener su flujo vital? Las correspondencias entre las personas y los materiales permiten considerar los gestos técnicos, las corporalidades, también como sentidos dinámicos indispensables para el hacer mismo de la conservación.

En todo caso, la conservación es y continuará siendo un campo de disputas en tanto lo que está en juego en la valoración en sí, es la construcción de hegemonía. El interés de este artículo ha sido abrir el juego a una de esas posibles disputas, desde la consideración de la

arquitectura con tierra, en su relacionalidad y hacer como habitar, como aquello que lejos de dar sentido, lo construye, lo sostiene y lo recrea. La pregunta que subsiste es si estamos dispuestos a disputar esas hegemonías e insertarnos en un devenir de la arquitectura que nos precede y excede. Una clave posible es aprender el “saber cómo” sin creer que “saber qué” es suficiente.

Bibliografía

- Adamson, G. (2007). *Thinking through craft*. Berg Publishers.
- Alonso González, P. (2015) Patrimonio y ontologías múltiples: hacia la co-producción del patrimonio cultural. En Gianotti García, C., Barreiro Martínez, D., Vienni Baptista, B. (coords.) *Patrimonio y multivocalidad. Teoría, práctica y experiencias en torno a la construcción del conocimiento en Patrimonio* (pp. 179-198). Ediciones Universitarias, Udelar.
- Arnold, D. (1998) Arnold, D. (1998) La casa de adobe y piedras del Inka: Género, memoria y cosmos en Qaqachaka. En Arnold, D., Jiménez, D. y Yapita, J. *Hacia un Orden Andino de las Cosas* (31-108). Hisbol/ILCA
- Barada, J., Tomasi, J. y Véliz, N. (2024) Lo comunitario en la conservación arquitectónica. Experiencias desde las tierras altas de Jujuy: la Casa del Marqués en Yavi y la Iglesia de Tabladitas. En Rolón, G., Boldrini, P. y Dorado, P. (eds.) *Arquitectura comunitaria y territorio: V encuentro de arquitectura comunitaria Tucumán, 2022: trabajos seleccionados* (pp. 165-175). INTEPH.
- Boudieu, P. (2007 [1980]). *El sentido práctico*. Siglo XXI Editores.
- Chitty, G. (2017) *Heritage, Conservation and Communities Engagement, participation and capacity building*. Routledge.
- De Certeau, M. (2000 [1980]) *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana
- Downey, G., Dalidowicz, M. y Mason, P. (2015). Apprenticeship as method: embodied learning in ethnographic practice. *Qualitative Research*, 15(2), 183-200.
- Heidegger, M. (1971). *Poetry, language, thought*. Harper and Row.
- Herr, C. (2024) Monumentos Históricos Nacionales. Valoraciones atribuidas y conformación del canon colonial argentino (1938-1946). *Patrimonio y Memoria*, 20(2), 102-129.
- Herr, C. y Rolón, G. (2018) Registro documental e intervención patrimonial en la arquitectura modesta construida con tierra. Los criterios implementados por la CNMMYLH durante el 1938-1946. *Anales* 48(1), 31-45.
- Hølleland, H.; Skrede, J. (2019) What's wrong with heritage experts? An interdisciplinary discussion of experts and expertise in heritage studies. *International Journal of Heritage Studies* 25(8), 825-836.
- Ingold, T. (2013) *Making. Anthropology, Archaeology, Art and Architecture*. Routledge.
- Jones, S. y Yarrow, T. (2022) *The Object of Conservation: an ethnography of heritage practice*. Routledge.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*.

Manantial.

- Leroi-Gourhan, A. (1964). *Le geste et la parole*. Albin Michel.
- Mauss, M. (1935). Les techniques du corps. *Journal de psychologie normal et pathologique*, XXXII, 271-93.
- Marchand, T. (2008). Muscles, Morals and Mind: Craft Apprenticeship and the Formation of Person. *British Journal of Educational Studies*, 56(3), 245-271.
- Marchand, T. (2016). *Craftwork as Problem Solving*. *Ethnographic Studies of Design and Making*. Routledge.
- Maudlin, D. y Vellinga, M. (2014) (eds.) *Consuming Architecture. On the occupation, appropriation and interpretation of buildings*. Routledge.
- Ryle, G. (1945). Knowing How and Knowing That: The Presidential Address. *Proceedings of the Aristotelian Society, New Series*, 46 (1945 - 1946), 1-16.
- Sánchez, A. y Ordóñez Rodríguez, J. (2024). 'Pensando con las manos': viejas y nuevas perspectivas en epistemología artesanal. *Asclepio*, 76(2), e24.
- Sendón, P. (2004). El wasi chakuy de Marcapata. Ensayo de interpretación de una "costumbre andina". *Revista Andina*, 39, 51-73.
- Slocombe, M. (2015). La Sociedad para la Protección de Edificios Antiguos (SPAB). *Loggia*, 28, 46-51.
- Smith, L. (2006). *Uses of Heritage*. Routledge.
- Suarez Gaviria, L. y Pérez Cardona, C. (2011). Artesanía y diseño: diálogos y prácticas pedagógicas. *Revista Académica e Institucional, Arquetipo de la UCP*, 3, 109-125.
- Tomasí, J. (2011) *Geografías del pastoreo. Territorios, movilidades y espacio doméstico en Susques (provincia de Jujuy)* [Tesis de doctorado en Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires]. <https://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/843>
- Tomasí, J. (2012). Lo cotidiano, lo social y lo ritual en la práctica del construir. Aproximaciones desde la arquitectura puneña (Susques, provincia de Jujuy, Argentina). *Apuntes*, 5(1), 7-21.
- Tomasí, J. (2017). *Tierras para el guayado. Caracterización de suelos para techados con paja en el altiplano surandino*. [ponencia] 17° Seminario Iberoamericano de Construcción con Tierra (SIACOT), La Paz, Bolivia.
- Tomasí, J. (2025). The Multiplication of the House: Domestic Memories and Presence Among Pastoral Groups in the Andean Highlands. *Architecture and Culture*, 13(1-2), 39-61.
- Tomasí, J. y Barada, J. (2025a). Las Casas del Marquesado. Elecciones tecnológicas y materialidades domésticas en una ruralidad de la Audiencia de Charcas. En Mamani Fuentes, F. y Matas Russo, J. (eds.). *Arquitectura y artes en la Real Audiencia de Charcas*. Editorial Enredars, Universidad Autónoma de Chile, Roma Tre Press. En prensa.
- Tomasí, J. y Barada, J. (2025b) Embodied documentation. An approach to making on earthen heritage in northern Argentina. En Zhao, W. y Williams, J. (eds.) *Documenting Architecture in the Digital Age: Between Human and Machine Learning*. Routledge. En prensa.
- Upton, G. (1988). La arquitectura pública como texto social: La historia de un muro de adobe en Pacariqtambo, Perú (1915-1985). *Revista Andina*, 6, 225-261.

Vellinga, M. y Tomasi, J. (2024). "Architecture". En Cantave, R. (eds.) *The Open Encyclopedia of Anthropology*, 1-14.

Yarrow, T. (2019). *Architects. Portraits of a practice*. Cornell University Press.

Abstract: Earthen construction technologies have been historically associated with dynamics of collective making, involving a set of technical gestures deployed through interaction between people. This presents challenges for a conception and practice of conservation that seeks to transcend merely object-oriented approaches. This article aims to explore this theme conceptually and methodologically through earthen building cultures in the province of Jujuy, seeking to embrace the density of making as an inescapable axis for a collective and situated practice of conservation.

Keywords: construction – collaboration – ethnography – reflexivity – andean region

Resumo: As tecnologias de construção com terra estiveram historicamente associadas a dinâmicas do fazer coletivo, envolvendo um conjunto de gestos técnicos implantados a partir da interação entre as pessoas. Isso apresenta desafios para uma concepção e prática da conservação que busque transcender as abordagens meramente objetais. Este artigo busca explorar conceitual e metodologicamente esta temática a partir das culturas construtivas com terra na província de Jujuy, buscando assumir a densidade do fazer como um eixo inescapável para uma prática coletiva e situada da conservação.

Palavras-chave: construção – colaboração – etnografia – reflexividade – região andina

Jorge Tomasi: Arquitecto (Universidad de Buenos Aires), Magíster en Antropología Social

(Universidad Nacional de San Martín) y Doctor en Geografía (Universidad de Buenos Aires). Investigador Independiente del CONICET con lugar de trabajo en el Laboratorio de Arquitecturas Andinas y Construcción con Tierra, Instituto de Investigaciones sobre la Naturaleza y la Sociedad “Rodolfo Kusch”, Universidad Nacional de Jujuy. Profesor Adjunto de la materia “Arte y Arquitectura Colonial” (Universidad Nacional de Jujuy). Miembro Experto de ISCEAH-ICOMOS y CIAV-ICOMOS, y de la Red Iberoamericana PROTERRA. jorgetomasi@hotmail.com

Julieta Barada: Arquitecta (Universidad de Buenos Aires), Magister en Antropología Social (Universidad Nacional de San Martín) y Doctora en Geografía (Universidad de Buenos Aires). Investigadora Adjunta del CONICET con lugar de trabajo en el Laboratorio de Arquitecturas Andinas y Construcción con Tierra, Instituto de Investigaciones sobre la Naturaleza y la Sociedad “Rodolfo Kusch”, Universidad Nacional de Jujuy. Jefa de Trabajos Prácticos en “Arte y Arquitectura Colonial” (Universidad Nacional de Jujuy) y Profesora Asociada en Historia 2 y 3 (Universidad Católica de Santiago del Estero). Miembro ISCEAH (ICOMOS), Red Iberoamericana PROTERRA y PROTIERRA Argentina. ju.barada@gmail.com